

**LARA  
MORENO**

**Deshabitar**

*Un recorrido vital por  
las habitaciones de  
la crisis inmobiliaria*

**LARA  
MORENO**

# **Deshabitar**

*Un recorrido vital  
por las habitaciones  
de la crisis inmobiliaria*

**DESTINO** Referentes

Volumen 5

© Lara Moreno, 2020  
Representada por Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© Editorial Planeta, S. A. (2020)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-233-5743-7  
Depósito legal: B. 3.496-2020  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por Limpergraf, S. L.  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ÍNDICE

Deshabitamos	9
Chueca. Las alas	11
Huertas. La gente	19
San Bernardo. Corazón de ciudad	29
Zarzalejo. Montaña y crisis	39
Valdemorillo. Renuncia y crianza	53
Paradinas. Volver a la colmena	63
San Bernabé. Nuestra última casa	71
Almendro. Sin cuarto propio	77
Plaza de la Paja. Deshabitar	83
Marqués de Vadillo. Cruzar el río	103
Agradecimientos	111

# Deshabitamos

Somos la pequeña semilla envuelta en las recias y sudorosas manos que nos trajeron al mundo. Somos también la tierra donde esa semilla cayó, somos el agua que chuparon sus raíces. Somos lo propio y lo ajeno. El calor profundo bajo la arena y el paisaje que desde fuera lo rodea.

En este libro cuento mi camino en la ciudad de Madrid en los últimos quince años. Madrid es mi ciudad de acogida; es, por eso, la elegida. Es a través de este homenaje a ella y del recuento de todas y cada una de las casas en las que he vivido que reflexiono acerca del trágico problema de la vivienda, que está transformando y destruyendo algo esencial en las ciudades: la humanidad.

Este libro habla de mi memoria urbana y habitacional y habla también del drama del alquiler. La reli-

gión de la propiedad, marcada en nuestra cultura a fuego, no nos deja ver el verdadero problema de las ciudades; un lugar donde no se protege la vivienda de alquiler, donde no se regula, donde a nadie le importa si se hincha como la próxima guinda del pastel envenenado, es un lugar que no ofrece techo a sus ciudadanos, que no los ampara. Un lugar que no los cobija, que los expulsa.

Habítamos el sueño en el que dormimos y el techo que nos separa de la noche. Habítamos la casa y el edificio. Habítamos los paseos y los parques, habítamos los hospitales y las escuelas. Habítamos las ciudades. Somos las ciudades. Deshabitar es despoblar. También arrancar, desposeer, despojar. Deshabítamos el sueño en el que dormimos y el techo que nos separa de la noche. Deshabítamos la casa y el edificio. Los paseos y los parques, los hospitales y las escuelas. Y quedará la ciudad desnuda, solo el esqueleto de sus dientes, ansiedad de hierro y nube tóxica, sin nadie que la guarde.

# Chueca

## Las alas

Llegué a Madrid a finales de octubre del año 2003 en un Volkswagen Golf antiquísimo. Conducía P., porque yo solo había aprobado el teórico. Tenía veinticinco años, una licenciatura que no me interesaba y muy poco miedo a la capital. Veníamos a buscar trabajo, pero ya traíamos lo más importante: una casa alquilada desde Huelva. La hija de unos amigos de otros amigos de mi familia tenía una buhardilla en Chueca, en el número 6 de la calle San Mateo. No recuerdo siquiera haber visto fotos, pero nos fiábamos, hicimos los arreglos desde el sur. Los arreglos consistieron en que mi madre me entregó las alas que me había prometido desde niña y que nunca ha dejado de darme: en este caso, las alas significaron pagarme la fianza y el primer mes de alquiler, e ingresarme dinero en la cuenta para que pudiera vivir hasta que encontrara

trabajo. La buhardilla costaba seiscientos euros. Era el doble de lo que había pagado hasta el momento, pero, claro, Madrid era Madrid. La capital del reino. No nos quejamos.

Yo había estudiado la carrera en Sevilla, una ciudad que nunca me pareció cara. No me parecía caro comprar comida, ni almorzar tapas en la calle, ni ir al cine, ni mucho menos el alquiler. Había vivido en varios pisos de estudiantes y el último que alquilé en la ciudad fue ya con P. No olvidaré esa torre altísima, detrás del campo del Betis, en una barriada obrera llamada Pedro Salvador. Entre otras cosas, porque me pareció un chollo. El último año en Sevilla lo pasé en un séptimo piso de un edificio aparentemente frágil que se movía con el viento. Un salón grande flanqueado por un balcón larguísimo, dos habitaciones también grandes, baño y cocina. No era nuevo, no era bonito, pero tenía toda la luz sevillana y mucho espacio. A un lado, un barrio de chabolas. Al otro, urbanizaciones de adosados pijos. Detrás, el estadio de fútbol. Aquel casero nos cobraba trescientos euros. Trescientos euros por una casa entera, con balcón, luz y mucho horizonte.



Pero no llegamos a Madrid directamente desde Sevilla. Antes habíamos hecho una parada de un año en el pueblo de mi familia, en la costa de Huelva, en Isla Cristina, donde yo había veraneado toda la vida y donde seguía estando la casa de mis abuelos, cerrada. Ellos nos prestaron la casa a P. y a mí para el invierno y la primavera. En verano estaríamos casi todos. Fue un año extraño y privilegiado, nos fuimos a la playa a buscar trabajo y poder ahorrar dinero para mudarnos a Madrid en el siguiente otoño. Habríamos preferido vivir en una casa propia, pero la única manera de reducir gastos era pedirla prestada. Ahorrar era sinónimo de no pagar alquiler. Estuvimos trabajando de camareros en un hotel durante la temporada, que allí es larga, con unas pésimas condiciones laborales.

Así que fue de Isla Cristina desde donde partimos, en un Volkswagen Golf antiquísimo, cargados de libros y de discos, a finales de octubre del año 2003, hacia Madrid. El piso, que costaba el doble de lo último que habíamos pagado, y que no sé por qué me parecía más que aceptable (Madrid, Madrid), era una buhardilla en un barrio céntrico. Es-

taba al límite de Chueca, ya al borde de Alonso Martínez, lindando también con Malasaña. Chueca ya era un barrio gentrificado, limpiado, cuando yo lo conocí. Estaba lleno de bares más modernos que antiguos, librerías especializadas, videoclubes de películas de cine *indie* y, algo que entonces me pareció luminoso, propio de esta ciudad, hombres que se besaban e iban de la mano por la calle. El edificio era lo suficientemente señorial, estaba reformado y me resultaba un poco de postín. El apartamento, el lugar más pequeño donde yo había vivido, nos parecía acogedor. Había que torcer la cabeza para fregar los platos por el techo abuhardillado y nos duchábamos sentados en un soporte de plástico colocado en la bañera por la misma razón. Desde la ventana del tejado, justo encima de la cama, vi nevar por primera vez y dos meses más tarde vi también, al despertar, los helicópteros que anunciaban la tragedia del 11M. No contaba yo con ese miedo. Madrid no era solo una fiesta, también era el epicentro.

En febrero de 2003, los precios de la vivienda habían subido un 176 % desde 1996. Y en octubre, el

mismo mes en que yo alquilé mi buhardilla en Chueca, la Comisión Europea emitió una de las primeras advertencias que más tarde confirmarían la existencia de una burbuja especulativa. Señalaba, tal y como publicó *Cinco Días*, el diario económico del grupo PRISA, «el peligro de que un aumento significativo en los tipos de interés o un futuro deterioro del mercado laboral pudiera en algún punto inducir a una corrección del tamaño de los mercados inmobiliarios de algunos Estados miembros». Era el resultado de la liberalización del suelo de nuestro país, exorbitantemente recalificado como urbanizable con las políticas de los últimos años; el tremendo asunto del ladrillo y sus augurios.

Me hice con el barrio a golpe de paseo y equivocación. Pensaba que las calles eran paralelas o perpendiculares, y no contaba con sus curvas, sus sutiles dobleces, sus plazas trampa. Nunca aparecía donde quería aparecer, pero pronto fui conquistando el territorio. Y más tarde fui conquistando también los barrios adyacentes, separados del mío por la Gran Vía. El centro de Madrid es grande y contiene

muy diferentes paisajes, pero todos están al alcance de un buen viaje a pie. Había algo crujendo, pero yo acababa de empezar una vida nueva y la única impresión negativa que tenía de aquel suelo palpitante era que todo valía muy caro. Comprar comida, salir a cenar o a beber, ir al cine y, por supuesto, el alquiler y las facturas. Madrid tenía su precio. Yo lo pagué con los ojos cerrados, porque la ciudad estaba llena de vida y porque, a pesar de lo que me habían contado las malas lenguas, me acogió con calidez, naturalidad y desvergüenza. En realidad, todavía no me ha soltado.

En esa buhardilla de Chueca estuve viviendo solo hasta junio del año 2004: P. y yo nos fuimos de allí cuando rompimos. Ninguno de los dos podía pagarla solo; yo había encontrado un semitrabajo que realizaba desde casa para una gran editorial y que me permitía una semivida, pero ni mucho menos pagar un alquiler como ese. El apartamento solo tenía una habitación, de modo que tampoco podíamos buscar candidato a compartir gastos. Además, en aquel momento las emociones lo eran todo. Había que salir huyendo de allí, lo demás ya se veía. Cuando me fui

de ese edificio, en el local de al lado de mi portal estaba La Avispa, una librería especializada en teatro que era una joya. Creo que ahora es un sitio de pintarse las uñas.